



La Liturgia de las Horas
en la parroquia

LITURGIA, ORACIÓN, ESPACIO Y VIDA

lb⁵

dossiers **CPL**
editorial

SUMARIO

PRESENTACIÓN	7
LA LITURGIA DE LAS HORAS EN LA PARROQUIA (JAUME GONZÁLEZ PADRÓS).....	9
LOS SALMOS DE LAUDES Y VÍSPERAS (HILARI RAGUER).....	27
AMBIENTAR UNA IGLESIA (FRANCISCO RAYA).....	45
LOS ESPACIOS DE LA CELEBRACIÓN (JOSÉ ALDAZÁBAL)	63
LOS OBJETOS DE USO LITÚRGICO (JOSEP URDEIX)	77
LOS LIBROS DE LA SACRISTÍA (JORDI GUÀRDIA).....	99
CATEQUESIS Y LITURGIA (JOSEP MARIA ROMAGUERA)	117
QUÉ DIJO EL CONCILIO VATICANO II SOBRE LITURGIA (BERNABÉ DALMAU)	131
EL SANTUARIO, ESPACIO DEL SILENCIO PARA LA ESCUCHA (JOSEP ENRIC PARELLADA).....	149
LA LITURGIA CRISTIANA, CELEBRACIÓN Y VIDA (XAVIER AYMERICH).....	169
ÍNDICE.....	191

**LA LITURGIA
DE LAS HORAS
EN LA PARROQUIA**

Jaume González Padrós

1. DESDE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

En el libro de los Hechos de los Apóstoles encontramos esta descripción de la primera comunidad cristiana:

Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en la oración (Hechos 2,42).

Efectivamente, un rasgo distintivo de los primeros cristianos se halla en sus encuentros de oración, frecuentes durante el día, siguiendo la costumbre religiosa que habían vivido y aprendido del judaísmo. Esto significaba que, a lo largo de la jornada, se recogían en oración, ya sea en el Templo de Jerusalén o allí donde cada uno se encontrara, varias veces. Esta costumbre no la abandonaron aquellos judíos convertidos al cristianismo sino que, como vemos en el texto citado y en tantos otros del Nuevo Testamento, los seguidores de Jesús eran hombres y mujeres con una notable conciencia de la necesidad de la oración; la escuela que habían vivido hasta aquel momento, sobre todo gracias a los salmos, les resultaba de lo más útil.

De esta forma, los cristianos, en continuidad con la herencia de Israel, hacen suya la oración de las Horas, es decir, aquella oración ritual que, a lo largo del día, en comunidad, expresaba y alimentaba su fe en el Señor muerto y resucitado.

Sin embargo, con el paso de los años y de los siglos, esta oración se va apartando de la vida cotidiana de los cristianos. Dos grandes problemas forman una espesa barrera entre esta oración y los bautizados: la lengua y la poca formación. El latín, que se había introducido en la liturgia occidental durante el siglo IV, se convirtió con el paso del tiempo en un grave obstáculo para poder participar en la oración litúrgica, ya que a partir de un cierto momento esta lengua se vuelve incomprensible para la mayoría. Y, por otra parte, la escasa formación, especialmente bíblica, hace que los salmos y las demás lecturas de la Sagrada Escritura –está también en latín–, ya no sean el alimento espiritual deseado por los cristianos durante siglos y siglos. De esta forma, la Liturgia de las Horas queda reservada *de facto* a los clérigos, presbíteros y monjes, que conocían, gracias a sus estudios teológicos, tanto el latín como

el contenido de las páginas sagradas. Incluso para muchos su nombre pasa a ser *Breviario*, por el libro que utilizaban los sacerdotes para su rezo (más “breve”, pequeño, que los grandes tomos en uso en los monasterios).

En esta situación llegamos a mediados del siglo XX, cuando la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II devuelve esta oración del Oficio Divino a todo el pueblo de Dios, recuperando su carácter originario de oración eclesial por excelencia. Cabe decir, no obstante, que, anteriormente, el movimiento litúrgico, surgido en Europa a finales del siglo XIX, ya promovió el rezo de las Horas, sobre todo las Vísperas, en comunidad, y de manera especial, en las parroquias.

El responsable de llevar a cabo la revisión deseada por el Vaticano II fue el liturgista de Toulouse Aimé Georges Martimort que con un buen equipo de expertos elaboró, siguiendo las directrices conciliares, la reforma de la Liturgia de las Horas, logrando un resultado espléndido, tal como podemos ver en los diferentes volúmenes que, traducidos a las lenguas vernáculas, hacen posible que los bautizados puedan participar de la gran riqueza de esta oración.

2. DE CARA AL SIGLO XXI

El papa Juan Pablo II, en su carta apostólica *Al comienzo del nuevo milenio*, afirma que:

Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas “escuelas de oración”, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el “arrebato” del corazón (núm. 33).

Así pues, en el proyecto cristiano para el nuevo milenio es fundamental que cada comunidad cristiana sea una auténtica ocasión para todos de encontrarse y de reencontrarse con el Señor, en aquella intimidad que marca indefectiblemente la amistad auténtica. Esto exige una formación espiritual seria y amplia, privilegiando aquella que posee su raíz en la liturgia y que en ella se explana. De esta misma manera lo expresa el Papa en el documento citado:

Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral (núm. 34).

En este sentido el texto citado explicita el deseo que, no únicamente en las comunidades religiosas sino también en las parroquiales, todo el ambiente

espiritual esté marcado por la oración (cf. núm. 34). Por esto invita a valorar las formas populares de oración y, sobre todo, a educar en las litúrgicas. Y manifiesta el ideal de una jornada “en que en la comunidad cristiana se conjuguen los múltiples compromisos pastorales y de testimonio en el mundo con la celebración eucarística y quizás con el rezo de Laudes y Vísperas” (núm. 34).

Conviene pues retomar la invitación del Papa al iniciar el nuevo milenio, para promover eficazmente la oración de la Liturgia de las Horas en el seno de la comunidad cristiana parroquial.

3. ¿QUÉ ES LA LITURGIA DE LAS HORAS U OFICIO DIVINO?

La respuesta más autorizada a esta pregunta la hallamos en la Constitución sobre liturgia del Concilio Vaticano II (SC). En ella leemos:

El Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Jesucristo, al asumir la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre el himno que se canta por todos los siglos en las moradas celestiales. Él mismo une a sí toda la comunidad humana y la asocia con El, entonando este divino canto de alabanza.

Porque esta función sacerdotal se prolonga a través de su Iglesia, que, sin cesar, alaba al Señor e intercede por la salvación de todo el mundo no solo celebrando la Eucaristía, sino también de otras maneras, principalmente recitando el Oficio Divino (SC 83).

Cristo está, pues, en el centro de este gran don, como no podía ser de otra manera. Y la Iglesia continúa la oración de Cristo. Lo expresa muy bien el texto que a continuación citaremos de la “Ordenación General de la Liturgia de las Horas” (OGLH).

Leemos:

Ya que el hombre proviene todo él de Dios, debe reconocer y confesar este dominio de su Creador, como en todos los tiempos hicieron, al orar, los hombres piadosos.

La oración, que se dirige a Dios, ha de establecer conexión con Cristo, Señor de todos los hombres y único mediador, el único por quien tenemos acceso a Dios. Pues de tal manera él une así a toda la comunidad humana, que se establece una unión íntima entre la oración de Cristo y la de todo el género humano. Pues en Cristo y solo en Cristo la religión del hombre alcanza su valor salvífico y su fin.

Una especial y estrechísima unión se da entre Cristo y aquellos hombres a los que él ha hecho miembros de su cuerpo, la Iglesia, mediante el sacramento del bautismo. Todas las riquezas del Hijo se difunden así de la cabeza a todo el cuerpo: la comunicación del Espíritu, la verdad, la vida y la participación de su filiación divina, que se hacía presente en su oración mientras estaba en el mundo.

También el sacerdocio de Cristo es participado por todo el cuerpo eclesial, de tal forma que los bautizados, por la regeneración y la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como templo espiritual y sacerdocio santo y habilitados para el culto del nuevo Testamento, que brota no de nuestras energías, sino de los méritos y donación de Cristo.

El mayor don que Dios podía conceder a los hombres es hacer que su Palabra, por quien creó todas las cosas, fuera la cabeza de ellos, y unirlos a ella como miembros suyos, de manera que el Hijo de Dios fuera también hijo de los hombres, un solo Dios con el Padre, un solo hombre con los hombres; y así, cuando hablamos con Dios en la oración, el Hijo está unido a nosotros, y, cuando ruega el cuerpo del Hijo, lo hace unido a su cabeza; de este modo el único Salvador de su cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ora por nosotros, ora en nosotros, y al mismo tiempo es a él a quien dirigimos nuestra oración.

Ora por nosotros, como sacerdote nuestro; ora en nosotros, como cabeza nuestra; recibe nuestra oración, como nuestro Dios. Reconozcamos, pues, nuestra propia voz en él y su propia voz en nosotros (San Agustín, *Enarrationes in psalmos*, 85, 1: CCL 39, 1176).

En Cristo radica, por tanto, la dignidad de la oración cristiana, al participar esta de la misma piedad para con el Padre y de la misma oración que el Hijo expresó con palabras en su vida terrena, y que es continuada ahora incesantemente por la Iglesia y por sus miembros en representación de todo el género humano y para su salvación (OGLH 6-7).

4. INICIAMOS LA JORNADA

Es muy apropiado que una comunidad parroquial inicie la jornada con la oración de Laudes, que está situada justo al comienzo del día. Es una hora principal de la Liturgia de las Horas, que junto con las Vísperas, constituyen el eje de la oración litúrgica diaria.

¿Por qué rezar los Laudes?

La OGLH nos indica el contenido de esta oración:

Los Laudes matutinos están dirigidos y ordenados a santificar la mañana, como salta a la vista en muchos de sus elementos. San Basilio expresa muy bien este carácter matinal con las siguientes palabras: “Al comenzar el día, oremos para que los primeros impulsos de la mente y del corazón sean para Dios, y no nos preocupemos de cosa alguna antes de habernos llenado de gozo con el pensamiento en Dios, según está escrito: ‘Me acordé del Señor y me llené de gozo’ (Sl 76,4), ni empleemos nuestro cuerpo en el trabajo antes de poner por obra lo que fue dicho: ‘A ti te suplico, Señor, por la mañana escucharás mi voz, por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando’ (Sl 5,4-5; San Basilio el Grande, *Regulae fusius tractatae*, resp. 37,3; PG 31, 1014)” (núm. 38).

Por lo tanto, la oración de los Laudes nos sitúa como comunidad orante ante a Dios. Al despertarnos, nos reencontramos a nosotros mismos con todo lo que somos y tenemos. Recuperamos la conciencia de la propia condición como personas humanas y como cristianos. Cada mañana se nos invita a sorprendernos de nuestra dignidad y de la gran filantropía que Dios ha tenido y tiene constantemente, ya que aunque seamos limitados y pecadores, el Amor nos anima a no desfallecer pensando que las propias debilidades son más fuertes que la voluntad salvadora de Dios; si así lo creyésemos nos equivocariáramos completamente, y no habríamos comprendido el alcance de la muerte en cruz de Jesús y el de su gloriosa resurrección. Él es siempre el más fuerte, y en este poder se funda nuestra esperanza.

Por esto, los Laudes hacen memoria de la resurrección de Jesús, el Señor, y, viendo como nace el alba de un nuevo día, recordamos que solo Él es “la luz verdadera, que alumbr a todo hombre” (cf. Jn 1,9) y el “Sol de justicia” (Mt 4,2) “que viene del cielo” (Lc 1,78) (OGLH 38).

Rezar con toda la Iglesia la oración de la mañana es una forma espléndida de expresar nuestro amor al Amor. Es una manera espiritual de iniciar la jornada salvando las propias pequeñeces y elevando el espíritu, dejándolo volar hasta las alturas más sublimes de Dios. Es también una ocasión inigualable para hacer experiencia de resucitados por la gracia de Dios, dado que por nuestros propios méritos y virtudes nunca habríamos sido capaces de conseguir un don tan grande: el de ser hijos de Dios en el Hijo.

¿Cómo rezar los Laudes en la parroquia?

La respuesta a esta pregunta depende de las celebraciones litúrgicas que se hagan en cada lugar. Si en nuestra parroquia hay una misa matutina podemos pensar en convocar a los fieles un rato antes de iniciar esta para rezar los Laudes. Haciéndolo así, esta oración sería realmente la alabanza con la que consagraríamos el tiempo de la primera hora de la mañana y tendría su lugar y realización propios, al tiempo que nos dispondría espiritualmente para la misa de una manera inmejorable.

Si esto no es posible, tenemos que pensar en hacer Laudes y misa de forma unida. Esta manera está también prevista por la OGLH. Así, rezamos los salmos y los cánticos como una corona de alabanza a la Eucaristía, es decir, a la oración de acción de gracias y de consagración por excelencia, que renueva el sacrificio de Cristo en la cruz y su resurrección.

En el caso de unir la misa y los Laudes, ¿cómo se tiene que proceder? Es muy sencillo:

- Se inicia la misa como de costumbre, es decir, con el canto de entrada, seguido por el saludo del sacerdote. O bien, una segunda manera posible –y más adecuada sobre todo para los días de feria– con la introducción inicial de los Laudes seguida del himno, teniendo en cuenta que, cuando estos son la primera oración del día, el presidente de la celebración los inicia diciendo: “Señor, ábreme los labios”, a lo que la asamblea responde: “Y mi boca proclamará tu alabanza”. Estas frases se acompañan haciendo, todos, la señal de la cruz con el dedo pulgar sobre la boca.
- Después del saludo o del himno, según haya sido el inicio, se recitan los salmos con su antifona.
- Al acabar el tercer salmo, y después de la oración colecta de la misa, se proclaman las lecturas de la misa, y todo continúa de la forma acostumbrada hasta después de la comunión, cuando se recita el cántico evangélico –el *Benedictus*– con su antifona.
- Después de esto, el presidente de la celebración reza la oración de pos-comunión y concluye la misa con la bendición, como siempre.

Pero la realidad es que no en todas las parroquias hay misa matutina. A veces, desgraciadamente, ni tan siquiera puede haberla en alguna otra hora del día. En este caso, pensamos que esto no debería ser motivo para que la

comunidad no fuese convocada para la oración, también en los días de feria. Ya sabemos que la convocación principal e imprescindible es la del domingo, pero es muy lamentable que durante toda la semana una iglesia parroquial permanezca cerrada o sin que resuenen en ella las alabanzas de la Iglesia. La oración de los Laudes por la mañana y de las Vísperas al atardecer puede ser un motivo muy bueno para los cristianos que, a pesar de no tener Eucaristía por ausencia de presbítero, quieren alzar al cielo su voz orante de alabanza y de acción de gracias, así como de petición, en fiel comunión con toda la Iglesia Santa.

5. CUANDO EL DÍA VA DE CAÍDA

El otro gran momento de oración eclesial es el de las Vísperas. La OGLH nos informa de los motivos importantes que la comunidad eclesial descubre para rezar en esta hora.

Se celebran las Vísperas por la tarde, cuando atardece y el día va de caída, “en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto” (San Basilio el Grande, *op. cit.*: PG 31,1015). También hacemos memoria de la redención por medio de la oración que elevamos “como el incienso en presencia del Señor”, y en la cual “el alzar de nuestras manos” es “como ofrenda de la tarde” (cf. Sl 140,2).

Lo cual “puede aplicarse también con mayor sentido sagrado a aquella verdadera ofrenda de la tarde que el divino Redentor instituyó precisamente en la tarde en que cenaba con los apóstoles, inaugurando así los sacrosantos misterios de la Iglesia, y que ofreció al Padre en la tarde del día siguiente, que representa la cumbre de los siglos, alzando sus manos por la salvación del mundo” (Casiano, *De institutione coenobiorum*, lib.3, cap. 3; PL 49, 124.125). Y para orientarnos con la esperanza hacia la luz que no conoce ocaso, “oramos y suplicamos para que la luz retorne siempre a nosotros, pedimos que venga Cristo a otorgarnos el don de la luz eterna” (San Cipriano, *De oratione dominica*, 35: PL 4, 560).

Precisamente en esta Hora concuerdan nuestras voces con las de las Iglesias orientales, al invocar a la “luz gozosa de la santa gloria del eterno Padre, Jesucristo bendito; llegados a la puesta del sol, viendo la luz encendida en la tarde, cantamos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo...” (OGLH 39).

Resumiendo, podemos decir que rezamos las Vísperas para:

- dar gracias a Dios por toda la jornada, por todo lo que hemos recibido y por todo lo que hemos hecho bien;
- recordar el sacrificio vespertino de la cruz, fuente de nuestra salvación;
- recordar la institución de la Eucaristía en el atardecer del Jueves Santo;
- centrar nuestra esperanza en la luz que no tiene ocaso, la del cielo;
- tomar conciencia de la hermandad que existe entre las Iglesias de Oriente y de Occidente, unidas por una tradición secular en los himnos litúrgicos de la hora vespertina.

¿Cómo rezar las Vísperas en la parroquia?

Aquí cabe decir lo mismo que más arriba al hablar de los Laudes. Si en nuestra parroquia hay misa por la tarde podemos pensar en rezar las Vísperas antes. Si esto resulta muy difícil por alguna razón, podemos unir esta oración a la misa, siguiendo el mismo esquema indicado para los Laudes, aunque en este caso la invocación inicial es el “Dios mío, ven en mi auxilio” del presbítero, y la asamblea contesta con la aclamación “Señor, date prisa en socorrerme”, mientras todos hacen la señal de la cruz desde la frente al pecho y del hombro izquierdo al derecho, finalizando con el “Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo... “. Otra posibilidad es la de comenzar con el canto de entrada y el saludo propio de la misa, aunque también para las Vísperas este inicio parece más indicado para las fiestas y los domingos.

La Palabra de Dios y el rito

Esta oración litúrgica tiene como protagonista indiscutible la Sagrada Escritura. El esquema es el mismo que el clásico de la Liturgia Romana para la Palabra de Dios. Es decir: 1) Antiguo Testamento; 2) Nuevo Testamento: Cartas apostólicas; 3) Nuevo Testamento: Evangelio. Esto, respecto a los Laudes y las Vísperas, se concreta de la manera siguiente:

Laudes	Vísperas
Después de la invocación inicial y del himno:	Después de la invocación inicial y del himno:
– Salmo matutino	– Salmo de la hora vespertina (1)
– Cántico del Antiguo Testamento	– Salmo de la hora vespertina (2)
– Salmo de alabanza	– Cántico del Nuevo Testamento: cartas de san Pablo o Apocalipsis
– Lectura breve: normalmente del Antiguo Testamento (y homilía, si se quiere)	– Lectura breve: siempre de los escritos apostólicos o de los Hechos (y homilía, si se quiere)
– Responsorio breve	– Responsorio breve
– Cántico evangélico de Zacarías (<i>Benedictus</i>)	– Cántico evangélico de la Virgen María (<i>Magnificat</i>)
– Peticiones de ofrecimiento del día	– Peticiones de intercesión universal
– Padrenuestro	– Padrenuestro
– Oración final	– Oración final
– Bendición y despedida	– Bendición y despedida

Respecto a la ritualidad el Oficio Divino se muestra muy discreto. Destacamos los siguientes gestos:

- La señal de la cruz en la invocación inicial, como hemos explicado.
- Los participantes estarán de pie desde el comienzo de la oración hasta finalizar el himno, y durante el cántico evangélico, así como en las preces y hasta el final.
- La señal de la cruz y el rito del incienso, al altar, a los ministros ordenados y a la asamblea, durante el cántico evangélico. De esta manera se destaca el momento culminante de esta liturgia de la Palabra, junto al estar de pie, tal como hacemos en misa cuando se proclama el Evangelio.

6. DURANTE EL DÍA

Hasta ahora hemos hablado de las dos oraciones que son el eje de toda la Liturgia de las Horas. Pero con ellas no se agota nuestra oración litúrgica.

Nos referimos ahora a las llamadas “Horas menores” y también al Oficio de lectura.

Tercia, Sexta, Nona y Completas

Estas son las llamadas “Horas menores”. Sus nombres hacen referencia a la hora del día en que tenía lugar la oración, según la nomenclatura y distribución de la jornada que hacían los romanos, y que el Nuevo Testamento nos refiere a menudo. Tercia era la hora tercera, situada en torno a las nueve de la mañana; Sexta, la hora sexta, en torno a las doce del mediodía, y Nona la hora novena, a las tres de la tarde.

Respecto a las Completas, ya se ve que su nombre no remite a ningún momento cronológico concreto, sino que más bien nos indica algo a lo que no le falta nada, es decir, que, con esta oración, el Oficio de una jornada queda completado.

Su estructura es más simple que la de Laudes y Vísperas. Consta solo de un himno después de la invocación inicial, tres salmos, una lectura breve y la oración conclusiva.

Tratándose de Horas menores, evidentemente no les prestamos la importancia que damos a las que son mayores, pero esto no quiere decir que no sean un referente de oración importante, personal y comunitario.

Pensando en las parroquias, cabe considerar si los encuentros que tienen lugar durante una jornada, ya sea de catequistas o de otros ámbitos de la vida parroquial, no podrían ser introducidos o finalizados con la Hora menor que mejor se ajuste aproximadamente al tiempo real, para santificar así cada momento.

Estas oraciones pueden unirse también a la misa, siguiendo el esquema que ya hemos visto tanto para Laudes como para Vísperas.

¿Y las Completas?

Esta oración está pensada para inmediatamente antes del descanso nocturno y, por lo tanto, es la última de la jornada.

Las Completas comienzan, como las demás Horas, con la invocación inicial: “Dios mío, ven en mi auxilio”, con el “Gloria al Padre” y el “Aleluya” (que se omite en el tiempo de Cuaresma). A continuación, es de alabar que se haga examen de conciencia, que en la celebración común se hace en silencio o

bien inserto en alguna de las fórmulas que propone el *Misal Romano* para el acto penitencial.

Después se dice el himno correspondiente. En cuanto a la salmodia, el domingo, después de las I Vísperas, se dicen los salmos 4 y 133; después de las II Vísperas, el salmo 90. Para los demás días se han elegido aquellos salmos que estimulan sobre todo la confianza en el Señor; se autoriza que estos puedan ser sustituidos por los salmos del domingo, principalmente para comodidad de aquellos que prefieran recitar las Completas de memoria.

Después de la salmodia se hace la lectura breve, a la cual sigue el responsorio: “En tus manos, Señor”; a continuación se dice el cántico evangélico: “Ahora, Señor”, con su antífona. La oración conclusiva es la correspondiente al día de la semana, como se encuentra en el Salterio de Completas.

Después de la oración, incluso en la recitación privada, se dice la bendición: “El Señor todopoderoso nos conceda”. Finalmente, se dice una de las antífonas a la Santísima Virgen María.

Uno puede pensar que, en el marco de la vida parroquial, la recomendación del rezo de Completas es más bien sobrante. Sin embargo, desde estas páginas defendemos justamente todo lo contrario. ¿No son numerosas las actividades que se desarrollan en las comunidades parroquiales –y en otras tantas– durante las primeras horas de la noche? Pensamos que lo más adecuado es plantear el final de estas reuniones con la oración de las Completas.

7. EL OFICIO DE LECTURA

Si queremos hacer una presentación global de la Liturgia de las Horas no podemos dejar de hablar del Oficio de lectura. Se trata de una “Hora sin hora”; es decir, de una oración que puede ser rezada en el transcurso de toda la jornada, durante el día o durante la noche. Así, por ejemplo, si vamos a un monasterio podemos ver a los monjes o a las monjas haciendo esta oración cuando todavía es de noche, imitando así el ejemplo del Maestro que a menudo se retiraba a rezar cuando reinaba la oscuridad.

Sin embargo, nosotros podemos situar esta oración en el momento que nos sea más propicio y que pueda asegurar que tendremos un rato de tranquilidad para la escucha de la Palabra de Dios, ya que la esencia de esta Hora se encuentra justamente aquí. En ella nos disponemos a escuchar lo que Dios nos ha revelado en la Historia de la salvación, y hacer de ello una meditación orante, con la ayuda de lecturas espirituales de autores cristianos acreditados.

La participación en la liturgia nos hace más sensibles de la total necesidad que tenemos de alimentarnos de la Palabra de Dios. Pero no es un leer por leer, sino en contexto orante, de diálogo con quien nos habla. El Oficio de lectura nos ayuda a convertirnos en discípulos del Maestro interior, que nos alecciona con sus palabras de vida eterna.

Por su identidad, no es demasiado apropiado que esta oración, en torno a la Palabra de Dios, se una a la misa.

¿Qué aplicación tiene en la vida de una parroquia? Evidentemente será poca si, antes, uno no se afana por hacer encontrar el gusto a las Sagradas Escrituras. Cuando este no existe, aparece en el contexto de las acciones litúrgicas la queja fácil por lo que se considera un número excesivo de lecturas o su longitud. En cambio, quien sabe saborear los textos bíblicos, goza con ellos, y estos le resultan espiritualmente indispensables.

Así pues, proponemos que las comunidades parroquiales y todos los grupos o movimientos de vida cristiana puedan a menudo rezar con el Oficio de lectura, tanto cuando lo prevé la celebración litúrgica misma –por ejemplo en la misa de la noche de Navidad– como en ocasiones puntuales en el marco de un retiro, de unos ejercicios espirituales o, simplemente, en una convivencia que ha de estar llena de presencia de Dios.

¡Cuánto bien nos haría si, al organizar una oración, pensásemos más en escuchar al Señor que no en decir y cantar muchas cosas! La consigna podría ser, para una oración cada vez más pura: “Menos palabras, más Palabra”.

Sin embargo, lo que hemos dicho hasta aquí no niega que también se pueda –y convenga– hacer oración con otras fórmulas, no litúrgicas; bien cierto. Nos recuerda ya el Vaticano II que “la participación en la sagrada liturgia no abarca toda la vida espiritual” (SC 12). Y todavía más: la misma Constitución conciliar aquí citada, recomienda vivamente lo que llama “ejercicios piadosos”, es decir, oraciones de composición libre, según las sensibilidades espirituales de la persona o del grupo.

8. LOS DISTINTOS MINISTERIOS LITÚRGICOS

La Liturgia de las Horas es una oración que reclama una presencia ministerial significativa.

Por tanto, al pensar en la celebración de alguna Hora del Oficio en la parroquia, tenemos que hacer lo posible para que no falten los ministerios litúrgi-

cos necesarios, para que las acciones se puedan realizar de forma expresiva. Es lo que dice la OGLH 254:

Toda celebración con asistencia del pueblo la presidirá ordinariamente el sacerdote o el diácono, debiendo estar presentes asimismo otros ministros.

Por tanto, corresponde al obispo o al presbítero presidir la celebración de la Liturgia de las Horas. En su ausencia, preside el diácono. Y si no hay ningún ministro ordenado, “el que preside el Oficio es solamente uno entre iguales; no sube al presbiterio y no saluda ni bendice al pueblo” (OGLH 258).

El presbítero o el diácono pueden llevar la estola sobre el alba, y el presbítero, incluso la capa pluvial.

Y, ¿cuáles son las funciones de cada uno exactamente? Nos lo dice la OGLH:

Pertenece al sacerdote o diácono que preside, desde su sede, el dar comienzo al Oficio con la invocación inicial, invitar a rezar las preces y el Padrenuestro, decir la oración conclusiva, saludar al pueblo, bendecirlo y despedirlo (núm. 256).

Quienes desempeñan el oficio de lector leerán de pie, en un lugar adecuado, las lecturas, tanto las largas como las breves (núm. 259).

El comienzo de las antifonas, de los salmos y de los otros cantos han de hacerse por uno o varios cantores (núm. 260).

Advertimos a los lectores que, también aquí, las lecturas, ya sean largas o breves, tienen que ser leídas como una auténtica proclamación de la Palabra de Dios. El enunciado acostumbra a ser así: “De la carta de san Pablo a los Romanos”, por ejemplo, prescindiendo de la palabra “Lectura” al inicio. Y para acabar se omite el “Palabra de Dios”, y la asamblea responde en silencio, sin ninguna aclamación.

Y las preces, ¿quién debe leerlas? Según OGLH 257, puede recitarlas el sacerdote o un ministro. Sobre el cómo hacerlo, hay varias posibilidades. Normalmente, el libro de la Liturgia de las Horas prevé que, el presidente, al introducir las intercesiones, explique ante la asamblea la respuesta escogida. Pero si no se va a responder con la frase señalada en el libro, el presidente debe omitirla ya en la introducción.

Se puede responder, también, a cada petición, con un momento de silencio, el cual es a menudo más elocuente que muchas palabras, y más aquí, donde las preces están redactadas en la forma presbiteral, es decir, directamente dirigidas a Dios.

En una palabra, y como norma general, las preces, tanto de Laudes como de Vísperas, tienen que ser introducidas y leídas como en la celebración eucarística.

Por lo que respecta a los lugares litúrgicos, si la Liturgia de las Horas se reza en la iglesia, el presidente, revestido con sus ornamentos, tiene que ocupar la sede, y ejercer desde ella su ministerio, incluso el de la homilía; el lector debe proclamar las lecturas bíblicas desde el ambón; las preces y los otros textos no bíblicos deben ser leídos desde un lugar adecuado para la comunicación con la asamblea, pero no desde el ambón. Los ministros tienen que sentarse en el presbiterio, de forma que puedan desarrollar su servicio con comodidad. No es adecuado, sin embargo, que se coloquen al lado del sacerdote, como formando una “presidencia compartida” (esto vale también para los ministros ordenados presentes en la oración), sino en un lugar más discreto.

8. CUMBRE Y FUENTE DE LA ACCIÓN PASTORAL

Ojalá estas páginas animen a los miembros de nuestras parroquias a una vida de oración más intensa con la Liturgia de las Horas, conscientes que, si lo hacen así, están colaborando de la mejor manera posible al éxito de la acción pastoral, que se despliega en tantos frentes en una parroquia.

Digámoslo con las palabras de la OGLH:

Los que toman parte en la Liturgia de las Horas contribuyen de modo misterioso y profundo al crecimiento del pueblo de Dios (cf. PC 7); ya que las tareas apostólicas se ordenan “a que todos, una vez hechos hijos de Dios por la fe y por el bautismo, se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor” (SC 10).

De este modo, los fieles expresan en su vida y manifiestan a los otros “el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia, que tiene como propiedad el ser visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina” (SC 2).

A su vez, las lecturas y oraciones de la Liturgia de las Horas constituyen un manantial de vida cristiana. Esta se nutre de la mesa de las Sagrada Escritura y de las palabras de los santos, y se robustece con las plegarias. Pues solo el Señor, sin el cual nada podemos hacer (cf. Jn 15,5) y a quien acudimos con nuestros ruegos, puede dar a nuestras obras la eficacia y

el incremento (cf. SC 86), para que diariamente seamos edificados como morada de Dios por el Espíritu (cf. Ef 2,21-22), hasta que lleguemos a la medida de Cristo en su plenitud (cf. Ef 4,13) y redoblemos las energías para llevar la buena noticia de Cristo a los que están fuera (cf. SC 2).

Para que se adueñe de esta oración cada uno de los que en ella participan, para que sea manantial de piedad y de múltiples gracias divinas, y nutra, al mismo tiempo, la oración personal y la acción apostólica, conviene que la celebración sea digna, atenta y devota, de forma que la misma mente concuerde con la voz (cf. SC 90; San Benito, *Regla*, c. 19). Muéstrense todos diligentes en cooperar con la gracia divina, para que esta no caiga en el vacío. Buscando a Cristo y penetrando cada vez más por la oración en su misterio (cf. PO 14; OT 8), alaben a Dios y eleven súplicas con los mismos sentimientos con que oraba el divino Redentor (OGLH 18-19).